

# *La cautiva*: un amor trágico en la pampa

Desde la Independencia, en 1816, en la provincia de Buenos Aires el conflicto con los asentamientos indígenas fue un problema crucial. *La cautiva* se publicó en 1836, tres años después de la expedición al “desierto” de Rosas, quien había salido fortalecido por haber logrado extender la línea de fortines para proteger a los colonos de los continuos malones y ampliar el territorio para la cría y explotación del ganado. Por eso, algunos críticos consideran que Echeverría intentó con su obra cuestionar la efectividad de la campaña militar del líder federal.

Ahora bien, entre lo rural —cercano y familiar— y los lejanos parajes exóticos descubiertos en las obras de los románticos europeos, Echeverría realizó una fusión e inventó un nuevo territorio literario: **el desierto**. En consecuencia, *La cautiva* resulta un **texto fundacional** de nuestra literatura porque fue el primero en incorporar al paisaje pampeano y a sus habitantes originarios. Así, la inmensa llanura, la luz de los atardeceres, el viento pampero, la sombra de los ombúes, los pajonales, las quemazones en tiempos de sequía, los arroyos, el canto de los teros y de los chajás, todos elementos conocidos para sus lectores, cobraron por vez primera una dimensión poética y simbólica únicas.

## EL DESIERTO

El gran espacio —imaginario y real— sobre el cual se proyectaba a la vez una nación y una literatura fue el desierto. Como el vocablo Argentina, esa palabra tuvo un significado inequívoco: fue la apoteosis del vacío. Lo cual era un modo de ensayar un ejercicio de plenitud. Saer describió ese ambiguo carácter: “una ciudad en medio del desierto es mucho más real que una sólida tradición”. Es una especie de tradición en el espacio. Lo difícil es aprender a soportarla. Es como un cuerpo sólido e incandescente irrumpiendo de pronto en el vacío”, escribió. La aparición del desierto como espacio imaginario se halla en el comienzo de *La cautiva* de Echeverría, pero la representación más poderosa aparece en el célebre inicio del *Facundo* (1845), cuando Sarmiento afirma a la vez dos rasgos en una frase de extraordinaria potencia simbólica: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas”. Uno de esos rasgos designa el desierto como un mal en el cuerpo; el otro —como sugirió Pablo Ansolabehere invirtiendo los términos— sugiere la extensión del mal. En ambos rasgos Sarmiento funda la gran dicotomía inicial: civilización y barbarie. En cuanto el desierto se establece como un foco del mal, otro espacio se le opone: el de las ciudades. Pero al mismo tiempo, el desierto es el gran motivo espacial que se halla en numerosas variaciones en la Argentina como narración. Como señala Silvia Iparraguirre en el ensayo que cierra ese capítulo: “Nuestra literatura se gesta en los distintos momentos de interpelación al desierto, en la paradoja de su significado. Nuestros libros fundacionales fueron respuestas al conflicto que presentó su representación: anatemizar el desierto, admirándolo”.

Monteleone, Jorge. Estudio preliminar a la antología *La Argentina como narración*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2011